Domingo 28 de Febrero de 1875 — MONTEVIDEO — Año XII 2ª Época Núm. 3,052

ESTE DIARIO SE PUBLICA EN LA IMPRENTA A VAPOR CALLE 25 DE MAYO, 16 — GERENTE, RICARDO GOODALE

EL SIGLO

SUSCRICION PAGADERA ADELANTADA:
Por mes.... Ps. 2 " moneda nacional
Por 6 meses. " 10.50 " "
Por un año. " 20 " "

EL NÚMERO SUELTO: 20 cents. ó 2 reales

AVISOS—Se publican con arreglo á la tarifa del establecimiento y deben ser pagados en el acto de entregarse.—Se reciben hasta las 6 de la tarde.
COMUNICADOS—Se aceptan gratis cuando son esclusivamente de interés público, cuyo juicio se reserva la Direccion.

REDACTOR POLITICO JACINTO ALBISTUR — REDACTOR COMERCIAL EMILIO AVEGNO — ADMINISTRADOR MIGUEL ALVAREZ

SOLICITADAS—Se cobran adelantadas á razon de 41 pesos por columna ó 56 centésimos por centímetro, debiendo venir garantidas con firma de persona conocida en el caso de que su publicacion pueda inferir cualquier género de responsabilidad.

EL SIGLO

La América española y su antigua metrópoli

[Continuacion]

IX

Entre tanto D. Salvador Tavira, Ministro Residente de S. M. en Chile, habia reclamado, conforme á las instrucciones del Gobierno de S. M. satisfaccion por los agravios recibidos de Chile, á consecuencia de la excitacion que allí se produjo con motivo de la toma de las Chinchas. El Gobierno Español habia exigido como satisfaccion principal, que Chile saludase el pabellon español con 21 cañonazos. El Gobierno Chileno se negaba á aquella exigencia. No está bien averiguado si el señor Benavides, Ministro de Estado de S. M., modificó ó nó en este punto las instrucciones que antes se habian dado á la Legacion de Chile. Lo cierto es que el señor Tavira, despues de una correspondencia bastante larga con el Gobierno Chileno, se dió por satisfecho en virtud de una nota del señor Covarrubias, Ministro de Relaciones Exteriores, en la que se procuraba escusar la conducta de Chile y demostrar que no habia habido ofensa á España.

El General Pareja desaprobó altamente el arreglo hecho por el Sr. Tavira. Previno á éste que se retirase de Chile, lo que el Ministro español se negó á verificar; y escribió un largo despacho á su Gobierno, condenando fuertemente la conducta del Sr. Tavira. A este despacho acompañaron esposiciones en el mismo sentido firmadas por varios españoles residentes en Chile y en el Perú.

El Sr. Lora, Teniente de navío portador de estas comunicaciones, se cruzó con el Sr. Albistur Ministro del Perú cerca de San Tomás. Llegó el Sr. Lora á Madrid y se encontró un nuevo Ministerio. El Gabinete Narvaez habia caido el 22 ó 23 de Junio y habia sido reemplazado por otro presidido por el General O'Donell, en el que era Ministro de Estado don Manuel Bermudez de Castro. Este Gabinete fué el que recibió á mediados de Julio, el arreglo hecho por Sr. Tavira; y la acusacion de la conducta del mismo hecha por el General Pareja.

El Gobierno español dió la razon al General y sacrificó al diplomático. Destituyó á este en los términos mas duros y le previno se presentase en Madrid á dar cuenta de su conducta. Al General le previno que pasase á Chile y que presentase un ultimátum que al efecto se le envió, en el que se recapitulaba los agravios inferidos á España por aquella República, se declaraba insuficiente la satisfaccion dada al señor Tavira y se exigia como condicion sine qua non de la [...]

[...] Vencedora, para dar á la cuestion una solucion satisfactoria.

Parece que sobre ciertas familias pesa un destino fatal. Durante la guerra de la independencia de América el padre del General Pareja mandaba una division de tropas españolas: sufrió una derrota cerca de Talcahuano, cayó enfermo de pesadumbre y se dice que se abrió las venas y murió desangrado.—Medio siglo mas tarde se suicidaba su hijo en las aguas de Chile á consecuencia de la guerra entre España y aquella República. Tal vez al reclinarse el desgraciado General en su lecho para disparar el rewólver que tenia en la mano, se presentó á su imaginacion atribulada el recuerdo de su padre, y bajo la influencia del mismo escribió las siguientes palabras que se hallaron á su lado: «que no sepulten mi cadáver en la aguas de Chile.» La órden del General fué religiosamente cumplida.

El buque que contenia sus restos se alejó de la costa y dió sepultura al almirante, en la profundidad del océano.

Cuando en Valparaiso se supo la muerte del General Pareja, los Chilenos invitaron á los marinos españoles á bajar á tierra para enterrar al General en el cementerio: pero el cuerpo del mismo yacia en el vasto sepulcro que él habia elegido.

SECCION OFICIAL

Mensaje

Poder Ejecutivo.

Montevideo, Febrero 27 de 1875.

Con profundo pesar se ha visto arrastrado el Poder Ejecutivo á tomar medidas que por muy justificadas que estén, son completamente opuestas á los propósitos políticos y administrativos del Gobierno.

Solo en la cruel y exigente alternativa de ó bien conservar el órden y la paz del país, confinando á los que contra él conjuraban ó dejar producir la guerra civil, tal vez del carácter mas horrible que se haya conocido, optó por la primero, dando solucion pacífica á una situacion preñada de dificultades y peligros.

El Gobierno, en el Mensaje presentado á V. H., manifestó hasta qué punto llegaban sus sinceras intenciones por hacer una verdad práctica de la armonía que debe existir, para la mejor administracion entre gobernantes y gobernados, pero al mismo tiempo hacia presente á la Honorable Asamblea General que castigaría con severidad inflexible la menor tentativa de alterar la paz, confundiendo á la República en las calamidades de la guerra.

El Poder Ejecutivo ha dado testimonios incontesta- [...]

DIVERSIONES PUBLICAS

TEATRO SOLIS

BOLSA DE COMERCIO

TELEGRAFO MARITIMO

VAPORES

MISCELÁNEA

CAMPO NEUTRAL

AVISOS OFICIALES

SOLICITADAS

REMATES

Valdez Piriz y C.ª

Emilio Castellanos y C.ª

Platero y Pringles

Benito Lusiardo y C.ª

SECCION JUDICIAL

Edictos judiciales

AVISOS Y ANUNCIOS

AVISOS FUNEBRES

¡GRAN REBAJA!
DE UN 50 p.%

Los cuadernos para lavado, se venden desde hoy en esta imprenta á 50 centésimos los de 50 planillas dobles y 25 centésimos los de 25 planillas dobles.

FOLLETIN — 17

LOS NEGREROS

Memorias de un Esclavo
NOVELA DE COSTUMBRES
POR
D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

¿Por qué espantaba á Ana la eventualidad de la muerte del gran jefe?

¿Era por amor, ó porque la muerte le arrebatase su venganza?

La misma Ana no lo sabia.

Callocolo habia quedado abandonado.

La roca habia sido completamente evacuada por la gente que la habitaba.

Nadie se acordaba del esclavo.

Ana no se atrevia á hacer la mas ligera indicacion, por temor de que Altolaguirre sospechase.

Ella no le pertenecia.

Habia dispuesto ya de su destino.

Lo habia determinado.

Era necesario resignarse á él.

Aquel ódio de amor que le inspiraba Callocolo, debia permanecer oculto profundamente en el fondo de su alma.

La tempestad, pasando por encima y por los flancos de la roca, arrecia en furor.

Pero allí no se apercibia mas que su estruendo, y la ondulacion del ambiente cada vez mas caliginoso, pero sin fuerza alguna impulsiva.

En tanto, se sentia el embate del huracan sobre la montaña, cuyas primeras estribaciones, determinadas por gigantescas rocas graníticas, empezaban en la playa, á poca distancia del mar.

Altolaguirre se detuvo.

Los cañonazos se oian mas cerca, y ya perfectamente distintos.

El buque estaba próximo á abarrancar.

Si no era que por falta de práctico se estrellaba contra de las rocas que acá y allá, formando pequeños islotes, se levantan en la bahía de Koussas.

Altolaguirre, los hombres de su equipaje que le acompañaban y todos los negros de los esposos de Beauchalet, á excepcion de algunos que cuidando de ellos se quedaron, corrieron rodeando la roca hácia la playa.

Ana seguia á Altolaguirre, á pesar de las instancias de éste.

Se afrontaba un verdadero peligro, el de ser arrebatado por el huracan.

Cuando llegaron al puerto, encontraron allí á los dos agentes consulares de Francia y de Inglaterra, á la gente de la factoría, al gran jefe de Koussas, y en fin, á toda la poblacion.

A pesar de la robustez de los negros, se unian los unos á los otros de las manos para prestarse mayor fuerza.

A causa de su construccion perfectamente meditada, á beneficio de una larga esperiencia, las cabañas y los edificios de Koussas que estaban situados en un estenso valle semicircular al rededor de la bahía, resistian admirablemente al huracan.

La mar habia avanzado de una manera monstruosa, de tal manera, que la rompiente cubria aquella famosa batería de los cañones de que ya hemos hablado, y llegaba hasta la factoría.

El mar parecia un inmenso hervidero de fuego, á causa de los relámpagos, casi contínuos.

Era imposible, de todo punto imposible, organizar un salvamento.

Así lo comprendió todo el mundo, y por lo mismo todo el mundo permanecia inmóvil.

Se oian perfectamente, y ya cerca, los cañonazos, pero el buque no se veia.

De improviso los cañonazos cesaron.

Se esperó con una verdadera ansiedad á que volviesen á resonar.

Pero no se los oyó mas.

Sin duda el buque, ó se habia ido á pique, ó se habia estrellado contra algunos de los peñascos de la bahía.

Se esperó.

A poco de haber cesado los cañonazos, se sintió que la tempestad decrecia.

Rápidamente este decrecimiento se hizo mas sensible.

Cesaron al fin los relámpagos.

El cielo estaba sombrío, pero no ya oscuro.

De tiempo en tiempo, una luz mucho mas clara se dejaba sentir.

Era que la luna penetraba por los rompimientos de los negros nubarrones, que pasaban rápidamente como demonios informes impulsados por el huracan, que ya no podia llamarse tal según que habia amenguado su fuerza.

La atmósfera habia refrescado extraordinariamente.

Al fin, dos horas despues todo habia pasado.

El cielo estaba despejado y diáfano.

La luna, que empezaba á declinar, iluminaba con su dulce esplendor la tierra.

La tempestad se habia convertido en una fuerte marejada, que decrecia sensiblemente.

Antes del amanecer, la mar aparecia inmóvil, en calma y habia crecido el calor.

No se veia buque alguno.

El mar se habia tragado sin duda á aquel cuyos cañonazos de socorro se oian.

Indudablemente, á juzgar por las apariencias, habia perecido toda la tripulacion.

La gente que habia estado en la playa durante la tempestad, empezó á disolverse, á encaminarse á sus cabañas.

Los negros de monsieur de Beauchalet se habian ido adonde estaban sus amos.

Solo quedaban en la playa, y dispuestos á retirarse tambien, Ana, Altolaguirre, sus corsarios, los agentes consulares, el gran jefe de Koussas y su hijo Takipeo con algunos de sus guerreros, y los dos grandes jefes de Dainamara y Kundinank.

De improviso Ana exclamó:

—Un náufrago; allí, allí, en lo alto de la Cabeza del Tigre.

Se llamaba de esta manera una enorme roca situada en el centro de la bahía, cuyas accidentaciones la daban, vista desde la playa, el aspecto de la cabeza de un tigre gigantesco.

Ni aun la cerviz le faltaba.

Esta cerviz la formaba un declive que descendia de lo alto de la roca hasta hundirse en el mar.

Dos denteliones figuraban las orejas del animal.

Y bien; en la parte de uno de estos dentellones habia visto Ana una pequeña forma blanca, que agitaba un pañuelo.

Esto era á punto que amanecia.

Los agentes consulares miraron inmediatamente con anteojos.

Gracias á ellos, se vió que lo que sobre la oreja derecha del tigre habia, era una mujer alta, esbelta, cuyos cabellos rubios y sueltos ondeaban al impulso de la brisa.

Era muy hermosa y muy jóven, y vestia un traje estraño en su forma, y blanco en su color con adornos rojos.

Aquel traje aparecia mojado.

Inmediatamente se botaron algunos esquifes al agua tripulados por negros.

Altolaguirre, Ana y Kanipao entraron en uno de ellos.

Los agentes consulares, el padre Ildefonso, la familia real, los grandes jefes Kanipao y Taimamo y los corsarios, se repartieron en las otras piraguas.

Aquellas ligeras embarcaciones parecia como que avanzaban saltando sobre la bahía.

Tal era el empuje que las imprimian los seis remeros negros que llevaban por banda.

La roca estaba distante, porque la bahía era inmensa.

Sin embargo, se llegó á ella en ménos de media hora.

Entonces, en el declive de la roca, en un arrecife unido á ella, apareció, abarrancado de través, un buque largo, con dos mástiles, y en ellos dos grandes bergas latinas.

—¡Una almadía!—esclamó Altolaguirre;—¡un carbonero griego! ¡avante! veamos si podemos salvar algo.

La mujer que con el anteojo se habia visto sobre la oreja derecha del tigre, estaba entonces en la parte mas baja del declive, junto al arrecife, y su blanca forma se destacaba sobre el negro costado del enorme buque.

Se llegó al fin.

La primera que embistió fué la piragua de Altolaguirre, que saltó al arrecife por la proa, tomó en sus brazos á Ana, y la puso en pié sobre la arena.

La náufraga avanzó rápidamente; pero al ver á Altolaguirre se detuvo de improviso, y exclamó:

—¡Aid poli, tut!...

—¡Carmela!—exclamó Altolaguirre.

CAPITULO XIX.

EN QUE SE VÉ QUE LA HERMOSA NÁUFRAGA ERA UN PERSONAJE ESTRAÑO.

Ana se apercibió, y sintió una alegría íntima á causa de este incidente.

Se presentaba una grave historia de Altolaguirre.

Aquella jóven, que apenas contaba diez y siete ó diez y ocho años, era de una magnífica hermosura, y estaba vestida con un lujo extraordinario y de una manera oriental.

Altolaguirre se habia quedado inmóvil.

Su semblante aparecia contraido y totalmente pálido.

¿Qué relacion podia existir entre Altolaguirre y la náufraga?

En la mirada, en el semblante de esta, en sus delicados lábios, en todo su sér, aparecia una pureza indudable, una de esas purezas de que se apercibe á primera vista el ménos experimentado.

No habia, pues, una cuestion de amor entre aquella niña y Altolaguirre.

Y decimos niña, por que á pesar de que en ella se marcaba una edad mayor que la que Ana tenia, aparecia niña comparada con Ana.

—Si es que algun resto de generosidad queda en tí, Pablo,—le dijo la náufraga, pasando alternativamente su mirada de Altolaguirre á Ana, y de Ana á Altolaguirre,—socorre á mi padre.

Todos observaban atónitos esta escena, de la cual no entendian ni una palabra, ni Ana, ni los negros, ni los agentes consulares.

La hermosa náufraga hablaba español, aunque mal y con un acento enérgico extranjero á España, profundamente gutural, pero con un fondo armónico.

Revelaba una fuerza en relacion con la grande hermosura de la jóven.

Esta hermosura, sin tener nada de varonil, representaba un gran carácter, un carácter á toda prueba.

—Me dice que es necesario que socorra á su padre,—dijo Altolaguirre en tágalo á Ana:—su padre y yo fuimos amigos, y despues enemigos.

—Y bien, ¿qué importa?—dijo Ana;—es un náufrago y se le debe socorrer.

La hermosa náufraga observaba con una atencion profunda á Ana y á Altolaguirre, y dejaba conocer una viva impaciencia, porque no comprendia lo que hablaban.

Antes de pasar adelante, digamos cuál era el traje de esta jóven, un traje por decirlo así, de princesa.

Era de una tela riquísima, al parecer de seda, lana y plata.

Se componia de una jaquetilla ó chaqueta de mangas ajustadas, con unas ligeras hombreras bordadas de oro, mangas ensanchadas en su boca, una túnica cerrada en el cuello, y que no la pasaba la rodilla, ceñida por una faja de seda roja y oro cubierta por delante, y otra túnica cerrada, corta hasta media pierna, y en los piés pequeños borceguíes rojos bordados de oro y ajorcas de oro macizo.

Los bordes de la jaquetilla y de las dos túnicas, eran de cinta de seda roja bordada de oro.

En la faja tenia dos puñales, cuyos pomos, de ébano incrustado, eran de una gran riqueza, porque en sus incrustaciones habia pedrería preciosa.

En la garganta y sobre el pecho llevaba collares de oro, de perlas, de corales, y pendientes de ellos medallones á manera de relicarios.

En las orejas llevaba magníficas arracadas de pedrería, y en la parte superior de su cabeza sujetaba sus cabellos rubios y ondeados, un gorro á manera de solideo, bordado tambien de oro.

Este traje, encendido, rojo, brillante, daba mayor efecto á la tez suavísima, blanca y nacarada, y á los enormes y brillantes ojos negros de la jóven.

Esta se habia puesto en marcha hácia una especie de gruta que se veia al principio de la subida de la roca.

Cuando entraron en ella, vieron un hombre ya de edad madura, y desmayado.

Hubiera podido creérsele muerto.

El traje de este hombre, que aparecia como de cincuenta años, era el de los piratas griegos.

El gran jefe de Koussas, que como todos los grandes jefes tenia algo de curandero, reconoció al pirata, y dijo á Altolaguirre:

—Para socorrer á este rostro pálido, es necesario llevarle de aquí cuanto antes.

—¿Qué dice?—preguntó con ansiedad la náufraga á Altolaguirre.

—Dice que para socorrer á tu padre es necesario llevarle inmediatamente al kraal.

—Pues bien, no perdamos tiempo;—exclamó la jóven;—mi padre es lo último que me queda en el mundo.

Altolaguirre parecia profundamente preocupado.

Parecia que con la presencia de aquella hermosísima náufraga se encontraba bajo una influencia terrible.

Kanipao, el rey de Dainamara, que conservaba su cómodo hongo ajado, su tahalí y su machete, ensangrentado por cierto, acudió al corsario griego, que continuaba inmóvil, como muerto.

Kanipao era terrible: no podia decirse de él, como vulgarmente se dice, que tenia carne de perro, sino mas bien carne de demonio.

Tenia vendado el brazo izquierdo á causa de las cuatro grandes sajaduras que habian hecho en él las garras del jaguar, y sin embargo, parecia como que nada le molestaba.

—Lo primero que hay que hacer con este hombre es volverle boca abajo y ponerle en declive,—dijo.

Y sin pedir auxilio á nadie, asió del náufrago y le volvió.

—¡Kanipao es un gran jefe!—exclamó profundamente y con acento gutural Antakinao, rey de Koussas.

—¡Kanipao es un gran jefe!—repitió Takipeo, príncipe heredero de Koussas.

—¡Kanipao es un gran jefe!—repitieron en coro los vasallos negros de Antakinao.

Todos le miraban con asombro.

Habia corrido la noticia de su triunfo sobre el jaguar.

Se le veia herido.

Sin embargo, se manejaba admirablemente.

Kanipao se enorgullecia, se pavoneaba.

Los negros son muy vanidosos.

Mucho mas los que tienen alguna mezcla de hotentote, como le acontecia á Kanipao.

Esta vanidad de los hotentotes se parece mucho á la del mono.

—¿Y no hay otra gente que salvar?—preguntó con interés Ana.—¿Han perecido todos los que venian en ese barco?

—¿Qué dice?—preguntó con acento breve la hermosa náufraga.

Y parecia como que no habia dirigido á nadie la pregunta.

Sin embargo, Altolaguirre tradujo al español las palabras que habia pronunciado Ana.

Pero su respuesta parecia tambien como que no habia sido dirigida á nadie.

—El equipaje,—contestó la jóven, griega en su cadenciosa y sonora en que habia algo de [illegible]—se aterró, se sublevó y echó la chalupa al agua.

Uno de los marineros quiso arrebatarme...